

HÉCTOR FUENZALIDA

Gabriela Mistral en la última vuelta

VINO en seguida un gran silencio. Nunca había visto la casona tan vacía. Solamente un hombrecillo circulaba ágilmente, enfundado en un over-all blanco, alzando los gruesos candelabros y llevándolos a la calle para dejarlos caer en el furgón con un ruido sordo y pesado, como en la cavidad húmeda de una huesera. En el viejo salón desmantelado se abatían las últimas gualdrapas, antes erguidas como húsares de la muerte, festoneadas de blanco, en medio de un hedor floral marchito.

Se habían entornado las puertas y, de pronto, en el marco del postigo, apareció una figura que se movía con ademanes nerviosos e implorantes, como un naufrago, sin atreverse a cruzar el dintel. A lo lejos se oía una fanfarria con fúnebres acentos marcando los compases lentos y pesados de una marcha: era el cortejo ya en camino a la Catedral.

La figurilla de aquella mujer avanzó después desde el flanco de la puerta, ansiosa y titubeante. Sus movimientos tenían algo de automático, algo de teatro de colegio, mientras hacía profundas zalemas en la soledad del vestíbulo. Miraba, indagaba. ¿Dónde estaba ella? Entonces advertí que llevaba en una de sus manos un tímido ramo de clarines; de la otra colgaba un bolso con frutas y verduras. Bajo un delgado abrigo se adivinaba una blanca saya cortada en la cintura por una ancha banda celeste, anudada pesadamente, cayendo por un costado hasta el ruedo de la falda: la *manda* de las devotas de la Virgen de Lourdes. El rostro de la mujer era fresco, era el rostro de una niña, y tenía esa expresión asustada de una evadida del loquero. Acaso mi sonrisa le infundió alivio porque acercándose a mí, y reparando que la observaba, en medio de genuflexiones más profundas, me preguntó:

—¿Dónde está la señorita Gabriela?

La pregunta era evidentemente de una colegiala. Aquella "Señorita Gabriela", no era la Mistral, era el nombre de una profesora. Gran desconuelo denotó su rostro cuando le advertí que los restos ya habían partido. Se abatió en sus manos el cordial ramito de clarines, su tímida ofrenda. Las había hurtado en la mañana, en la capilla del convento, casi un sacrilegio, me confesó. Sin permiso huyó de allí... Y todo ¿para qué? ¿Qué iba a decir ahora Sor Silveria!... Acaso la devolverían a San Vicente de Tagua-Tagua, donde ya no vivían sus padres y donde la esperaban sus tías para zurrarla. Sacó un pañuelo y se secó una lágrima:

—Sálveme usted, señor...

Salvarla era... ¡tenerle allí a la Mistral! Porque, además, ella podía proporcionar, para ornato de la tumba de Gabriela, una imagen de la Inmaculada que guardaba en su celda:

—¡Está tan linda la Virgen, señor!... ¡Es preciosa!...

Entonces, ante esta desesperación ingenua, le aconsejamos que siguiera el cortejo a la Catedral, que avanzaba pesadamente por la calle Aumada. Al oír estas palabras pareció iluminarse aquel rostro de niña inundado por las lágrimas. Sólo murmuró un ¡ah! como un vagido de alegría y esperanza... Y corrió, corrió, cruzando la Avenida. Su silueta ágil fué confundiendo con los transeúntes indiferentes, mientras blanqueaba su saya a la luz del sol de la mañana, y se perdió en la próxima esquina. Se detuvo sólo un momento para recoger el ramo de clarines que había rodado por el suelo.

Como ella vimos tantas otras en esos días en la Universidad, ante el homenaje póstumo de su pueblo. Habían desfi-

lado, día y noche, por el Salón de Honor de la Casa de Bello, 270.000 ciudadanos en cuarenta horas. La mayoría era pueblo, pueblo... Pasaban rodeando el féretro cuarenta personas por minuto, circulando, circulando. Hubo que organizar el acceso del público con fuerza de carabineros. Entraba aquella interminable fila que se apegaba, como al muro de las lamentaciones, en la calle San Diego, a lo largo de las altas y grises tapias del Instituto Nacional, hasta muy adentro de la calle, a pleno sol de enero, lentamente, pacientemente. Sólo se interrumpió este río humano, después de la llegada del cortejo y la visita del Presidente, el viernes 18 de enero, entre las 10 y las 12 de la mañana, para recibir el homenaje del cuerpo diplomático y el sábado a las 8.30 A. M., para dar cabida a la ceremonia oficial del retiro de los restos. Fuera de estas horas, todo fué un ir y venir de la delgada y silenciosa ola.

Al principio la fuerza pública, mal instruída, quiso discriminar y no dar acceso, por lo menos, a los *manga corta*, es decir, a aquellos que la miseria y el verano les priva del uso del vestón, y sospechosos de ser *pungas*. Todo fué inútil y se hizo necesario dar contraorden: todos, todos, pasaron frente a ella, junto a su cadáver embalsamado, que a veces parecía iluminarse con una sonrisa de reposo, miraron tristemente el maquillado rostro bañado de paz eterna: aquella frente alta, aquellos cabellos grises y espesos, aquella nariz afilada y aquellos labios con su rictus más acentuado en la caída al abismo.

Todo se detuvo también en la ciudad. Pararon los acontecimientos: el cable, la crónica, no ululaban sus terrores guerreros. El cable se festoneaba de negro y vaciaba la comunión de un sentimiento de dolor oficialista que unía a América y sus gobiernos. La crónica, enlutada, daba cuenta a diario, en primera plana, de los sucesos del homenaje en curso. Dentro de la Casa Universitaria la gente hablaba bajo y contaba cosas sencillas y suaves. Se instaló un servicio especial de emergencia para los accidentados y nerviosos. Se formaban ruedos ante quienes osaban decir que la habían conocido en vida, en la juventud o que se decían sus parientes inmediatos y que, ya montada en alas de la celebridad, no

la habían visto nunca más. Hasta ahora, yacente.

Vi salir una mañana, muy temprano, confundido entre todos, cabizbajo y silencioso a don Valentín Brandau, después de haber hecho cola, como tantos otros, a esa hora joven del día. Apenas si había tiempo de barrer un poco el piso del salón y sacar flores marchitas, a las seis y media de la mañana. Vi a un niño que rompió los cordones, se escabulló como una rata hasta colocarse dentro del recinto y quedar a foco de un fotógrafo que cumplía su tarea cotidiana; bajo su brazo llevaba su instrumento de trabajo: el pequeño ataúd lustrado del lustrabotas; negras rayas de betún cruzaban sus mejillas. Era rubio, pequeño, fuerte y hermoso. Lloraba de emoción de ser fotografiado allí, junto al féretro. Largo rato estuvo dando vueltas y explicando que había sido fotografiado al lado de ella. Las madres alzaban los crios para que ellos también la miraran. Algunos pobrecillos lloraban de miedo, de histeria, de fatiga, de calor, de sudor. Se marchitaron miles de flores y hubo que reponer tres veces las coronas. Una guardia permanente de muchachas uniformadas, alrededor del féretro, se mantuvo firme. Había turnos de madrugada, para la mañana, para la tarde y en la noche se turnaban las maestras. Ninguna acusó jamás su cansancio. Erguidas de pie, militarmente, ante la muerte, se vió siempre allí, sin desmayar, a aquellas valientes muchachas que reclamaban su sitio, hieráticas, inmóviles como estatuas y sólo acusando un signo de vida por el débil parpadeo de los ojos y el brillo en la mirada.

Se me podrá decir que todo aquello que vimos y que testificamos durante casi tres días consecutivos —día y noche a veces— en los que, a la hora de la madrugada, entre tipógrafos, panaderos, pasó esa tripulación anónima de la noche, la legión de los insomnes, los que amanecen con las últimas luces del crepúsculo, los que acusan en el rostro el vicio verde y el otro vicio que se esconde hasta su turno de sombras, era algo tan vulgar como toda otra exteriorización multitudinaria, mar de histeria, de congoja dirigida, de congoja dopada. Tal vez... Pero había algo nuevo en todo ello. Y eso nuevo, lo que motivaba el contacto, la energía, la catalización, era

aquella prolongada materia inerte, con aquellas manos de largas falanges cada-
véricas y aquel pliegue amargo en la boca: Gabriela Mistral.

Y eso ¿qué era? ¿qué historia tenía esa pequeña substancia invadida, apergaminada por la muerte y la funeral formalina? Era un poeta.

¿Quién no recuerda las palabras de Priestley en aquellos días, Priestley a quien teníamos olvidado? Sorprendido de tanta devoción, él, uno de los primeros escritores de Inglaterra, uno de los primeros de nuestros días, comentó:

—Chile es un país mucho más civilizado que Inglaterra. Allá se nos muere un poeta y, apenas, unos cuantos, sabemos la noticia. Aquí lo llora todo su pueblo.

Poeta y héroe parecen, en este caso, confundirse en el orden de Carlyle. Héroe, dicen los léxicos, es aquel que se distingue por sus acciones extraordinarias o su grandeza de ánimo. Y suele ocurrir que cuando los poetas defienden las grandes causas civiles y las humanas, confunden su esencia y su cuerpo en la batalla del héroe y del santo. Dante, Chenier, Byron, Víctor Hugo, dieron esas batallas civiles. Esta que yacía allí ahora, las dió calladamente por el amor, por los niños y las madres, por la tremenda epopeya que edificó su canto con suaves materias de dúctil argamasa, por su misión y su esfuerzo que tomó, a precio de su vida tantas veces, infatigablemente, por su primera y auténtica lucha: la de educar y filtrarse suavemente dentro del corazón del poderoso para dignificar la vida de esa frágil potencia que es el niño, el hombre de mañana, desentrañar de la costra bárbara de la América múltiple, la sabia de su esencia maternal. Quien allí estaba recibiendo, pues, el homenaje de esa pesada masa que giraba como un carrousel tétrico, día y noche, era la presencia inerte de un héroe que había enmudecido su don y, con ello, la lucha con sus palabras. Como decía Peyrefitte del Papa, en una de sus obras más populares, la mayor autoridad del mundo se apoya en las cosas del espíritu, en palabras. Esta también se apoya en el Verbo. Y por sus palabras llegó a nosotros y llegó a los demás, invirtiendo su caudal sencillo en el que, como arena escondida, supo mezclar a la mecánica de un idioma depurado, seco, a veces

primario y balbuciente, hasta confundirse con el idioma de los libros primeros, la sal de las viejas voces de su valle elquiiano y empadronarlos al valor universal del español universal.

Ella decía: "Mi pequeña obra literaria es un poco chilena por la sobriedad y la rudeza. Nunca ha sido un fin en mi vida: lo que he hecho es enseñar y vivir entre mis niños" . . . Es decir, ella buscaba, como literato también, una literatura con misión y si tal triunfo no alcanzaba por el vehículo de las letras, no agostarse para la otra lucha educadora, entendiendo por tal algo que se hospeda más allá del linde de la cátedra en la escuela y el liceo, y que conduce a suavizar el corazón de los hermanos, a domar el entendimiento de los fuertes, a clarificar y estructurar una convivencia, despojándonos, en la raíz, del sedimento de barbarie. El literato, el poeta, argüía, pasa a ser en América, desde que entra en ejercicio de la pluma, un maestro, porque todo está por hacer. No podemos llegar a ser sólo excelsos en el puro oficio. ¡Debemos hacer tantas cosas por nosotros para vivir y, por lo demás, para convivir! En la América Española la literatura es un golpe de pasión, o la pausa noble que se pone entre otras ocupaciones forzadas y que no se aman, sostenía.

Ahora bien, este acento didáctico que ella parecía reclamarlo aun en sus juicios más literarios y en aquellos que sobre sí misma solía verter con inefable sencillez e impiedad, parecía inducir, casi siempre y a parejas, un propósito representativo por la pura carrera de las letras y su misión estética, es decir, por individualizarse como poeta. Tal vez eso la llevó más allá de la tarea y sobrepasó el esfuerzo acortando su límite fecundo, achicando también su ruedo entre nosotros de todas las Mistras que había en ella.

¿Quién no recuerda su misión de educadora en América y cómo se fué cargando de potencias su nombre en una batalla continental? Quizás no fué en Chile donde esa proyección arcangélica de su espíritu hizo mayor crisis de esparcimiento. Fué en México. Allí se le destinó, en la Secretaría de Educación que servía apostólicamente Vasconcelos, su tutor de la hora, para cumplir un plan de acción que se prestigiaba con su

nombre; lo que hizo se bonificó con su prestigio y el ruedo de sus colaboradores. Si da conferencias, si va en gira demostrando enseñanza, ella no descuida, ni en la tarea obligada, por instinto esencial de poeta, conferir a lo que escribe la nota final de la soledad de su poesía. Y en esas *Lecturas para mujeres* que le ha encomendado el gobierno mexicano, en 1923, que se hacen por encargo, no hay recargo pedagógico sino en el plan general, en la pauta enunciada en común acuerdo, en la selección de temas y autores, y ella engarza, de su propia cosecha —y porque así se le exige a la que, sobre todo, se conceptúa maestra— sus esquemas, sus lecturas, al estilo de aquellas que ya le han dado notoriedad en los libros de lectura de Manuel Guzmán Maturana, pero preferencialmente, con temas nativos mexicanos. En ellos es ya la original prosista; en ellos hay ya el afán de tantos que buscan acortar la tendencia ciceroniana de nuestra lengua, picarla en hemistiquios descarnados de original adjetivación, buscándole al idioma otro giro vertical en profundidad y novedad, sirviéndose de ella para acentuar la individualidad y el vagido interior. Fenómeno y propósito que llevan, quiera que no —y siempre— a una suerte de hermetismo, a una literatura *mía en mí*, como sostenía Darío, y que en ella patentiza su tendencia desasida por lo original, en su odio a lo vulgar, que ha de enclausrarla en la cláusula final de su destino poético evidente ya en *Tala* y extremado en *Lagar*, su soledad e intensidad máxima e ineludible que buscara con tanto afán y buen oficio.

Porque hay que entrar a estos dos libros finales que si bien separan los años, en ambos suele hallarse la nota epopéyica de un poeta americano que no quiere dar tarea sobrada a los devotos, entrar, digo, con un conocimiento de la topografía de las circunstancias creadoras, de la causalidad personal mediata e inmediata que determinó el florecimiento del canto, el porqué de ciertos nombres, de ciertas insistencias sibilinas y ciertas cábalas de cierto idioma que despistan al mejor geógrafo aventurero, y con buena brújula.

Y hay que habituarse a ese descarnamiento del estilo, a determinada supresión de artículos y preposiciones, a la

aparición de voces pequeñas y fuertes, sin nada de dulzor, muchas veces, que nos suelen hostigar como intrusas. Nos tenemos que habituar a verla castigarse, en el arrebatado puro, la carne eremita, sin salir de sus sayas y justanes bíblicos, para acercarse, cada vez más, a la dureza del metal en su brillo primitivo, compactando la densidad y forzando las atmósferas de una prensa de hidráulicas potencias. Y taimándose, además, para no dar explicaciones que no vienen al caso en su propósito, en la lucha, casi insoportable, por buscarse una nueva morada de soledad teresiana y quedarse definitivamente sola en su celda de poesía.

Esta tarea semeja un lento suicidio ante testigos, porque en la gloria no puede ocultar el menor movimiento de sus sandalias y de su cayado. Lo que puede contener hacia afuera, se le vuelve, a veces, contra la disciplina, y estallan sus voces humanas, como en aquella *Cordillera*, tema de granito andino, que tan bien se acomoda a su yermo, en el que desemboca con la sencillez que siempre se avino a su temperamento. Allí conversa con lo grande y lo divino, estalla el canto desbordante, como en la siguiente estrofa de lírico y libre curso:

*Caminas, Madre, sin rodillas,
dura de ímpetu y confianza;
con tus siete pueblos caminas
en tus faldas acigüeñadas;
caminas la noche y el día,
desde mi Estrecho a Santa Marta,
y subes en las aguas últimas
la cornamenta del Aconcagua...*

Hay en esta geografía de imágenes ciertas, es claro, un deseo de acortar y poner límite al grito, una emoción comprimida en el marco de las palabras, una expresión dosificada y densificada. Y vemos al pueblito bajo la luna, chiquito, apenas perceptible en el brillo de las palabras:

*¡En el cerco del valle de Elquí,
en luna llena de fantasma,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrojadas!*

Ahí está el propósito logrado. Está todo lo pequeño ante lo grande. Está la comunión del hombre con la naturaleza. Ahí está, en fin, el hombre frente a un Dios tutelar.

Para buscar los relieves de una tarea hay que medir las distancias y tantear entre abismo y cima. Si hay distancia entre esto y los *Sonetos de la muerte*, entre la desolada y la encontrada, ¡ay! cuánto y qué terrible abismo media entre ésta, tan segura, y la niña, alta y seria, que escribía, sin ton ni son, por revelarse, en La Compañía, villorrio sereñense, allá por 1905, y a sólo nueve años de los *Sonetos*: “Mis cantos son pálidos crepúsculos de tardes invernales cuyos lánguidos y moribundos fulgores que bañan sólo las fuentes que acarician la yerta mano del Infortunio y hacen brillar sólo las pupilas en que vagan lágrimas y se reflejan imágenes sombrías”... Emoción, sin duda, pero sin el ropaje que las comunica. Con esto no iba a ninguna parte, ni en la prosa ni en esta estrofa de la misma data:

*“Yo que tan sólo sé llorar, no dejo
sino flores marchitas en mi senda.
Y mis canciones del dolor reflejo,
¿podrán, dime, formarte alguna ofrenda?”*

Nadie dará patente de sinceridad, a tanta lágrima, en una niña que se vestía con ropaje ajeno, un poco con el atuendo de Pedro Antonio González y, arriba, indiscutiblemente, con el de Vargas Vila... Lo sincero, es la melancolía, la saudadosa anunciación de un temperamento que en la quietud púber, y sin oficio, entristece. Esa melancolía imitativa, necesita de un remezón en los nervios y en los huesos todavía vírgenes y ansiosos de calcinarse en los misterios de la vida. Ella no está hecha para la melancolía como medio expresivo. Su dolor fué siempre duro y de contorno granítico y lo confiesa a estertores en el yermo, en la soledad.

Un crítico zumbón y pueblerino, se mofó de estos desvaríos. Un hombre después, anónimo, y cuyo recuerdo ella ha llevado siempre de la mano hasta el mismo altar nupcial de la celebridad, cortaron su vida de entusiasmo. Uno y otro hicieron, moviendo orgullo y pasión, al poeta excelso. Y fué admirable en la terca lucha por encontrar su léxico, su sintaxis, su arte poética, quitándole carne y vello inútil a la frase hasta la plenitud de los *Sonetos*, pulpa fresca y materia de poesía, y de poeta joven, en ámbito vital, de sangre y verbo, golpe divino de inspiración que no sólo con-

mueve el ánimo sino que se hace paradigma de un canto nuevo que nos dió bautizo de poetas en tierras de poetas. Neruda lo explicaba así en un prólogo aún inédito: “Es tal la fuerza de los *Sonetos de la muerte* que fueron rebalsando su propia historia, dejaron atrás el núcleo desgarrador de la intimidad y quedaron abiertos y desgranados, como nuevos acontecimientos, en nuestra poética americana”.

Y tenía 26 años cuando se produjo “esa greda magnética” (tomo la expresión arbitrariamente de una más extensa del mismo Neruda). ¿Cuándo los escribió la joven que no sabía elegir sus santos literarios para acomodar su gracia? ¿Cuándo los concibió y dió en escribirlos lanzando su dolor desde la cantera interna a la celebridad? He visto los originales guardados por Laura Rodig en un modesto y ajado cuaderno de copias, con esa misma letra grande, algo filuda de su escritura que se va desplomando al final de la línea para acortar espacio y papel avaro y estrecho, pues ella prefería siempre escribir en aquellos llamados de oficio en que cabalgaba mejor su letra de altas y agudas ojivas. En estos originales, de los cuales prepara la Universidad una edición oficial que socorre Neruda, su amigo de siempre —y esta vez el prologuista— se ve la dificultad y la nobleza de su tarea y deja la impresión que al darse al ejercicio de componerlos, vibra la inspiración, pero iba creando lapso a lapso, el lenguaje y las imágenes que debieron separar su gusto, de los otros gustos, y acuñar el propio estilo, poniendo la raya y el sable entre el océano y la tierra de conquista. El resultado fué, después, estupor y asombro. En ellos se ve también, ya muy notoria, la arista del cilicio que se imponía para desbaratar el primer impulso contaminado y preferir la porfiada y negra enmendadura.

Su fuente Castalia.

Pero...

¿Poeta, sólo poeta? ¿Y la otra misión, la que le arrasaba el alma también, la de los niños, tan desamparados? El primer libro desolado, se lo sacaron a tirones. Un libro es tan formal. Un libro obliga; un libro es un compromiso. Puede ser sólo uno; y eso, indudablemente, ella lo hubiera preferido, uno bueno, por cierto. Porque gustaba más de otras co-

sas conversadas: el género epistolar. Ahí la maestra estaba en calma, hablando, aconsejando, guiando por sus mismos pasos que tuvo que dar para subir la cuesta y tender la mano al iniciado. Le gustaba sostener largos diálogos con agentes amistosos lejanos, que no veía sino de tarde en tarde. Luego los recados a los poetas, a los artistas, que no coleccionó jamás y en los que se acusa la originalísima prosista que era; luego todos los que llegaban hasta ella en demanda de acogida y dirección y muchos, tal vez los más, que fueron tomándolo a treta, para apurar la consagración por la virtud del *recado*.

Solitaria en su regazo, tenía un afán ingenuo, pueblerino, diría yo, (porque siempre huyó de las grandes ciudades esclavizantes: París lo cambió por Fontainebleau, Roma por Nápoles, por Portofino, por Rapallo), de tener tertulia corta en casa y conversar largamente, indagar por los que había dejado y que en la distancia sentía que no estuviesen allí con ella para recibirlos íntimamente, con esas faldas que parecían hábitos talares y esas medias siempre arrugadas. Yo sólo la vine a conocer en un viaje al Brasil que me dispensó González Vera. Nos recibió con Arturo Torres-Rioseco en Petrópolis. La casa, en la planta baja, parecía vacía. La puerta estaba siempre abierta. Nadie vigilaba su dintel. Llegamos a un recibo modesto, provinciano, solitario. De pronto sentimos unos pasos y apareció Palma Guillén, sigilosa:

—Está durmiendo. Pero luego baja... —nos advirtió.

Después subimos ante su llamado. Había abandonado el lecho minutos antes, un enorme lecho que se mandó hacer expreso. Sin calcular las medidas, lo había pedido cuadrado, y de dos metros por lado y, ahora, la tenía aterrada. Aquello no era un lecho, era una terraza.

—Me voy haciendo a la idea de dormir en una terraza. Resulta más fresco, para los fuegos del Brasil y de esta villa imperial.

A poco estábamos "conversando por una eternidad" por toda aquella tarde. Hubo un tema vedado: la muerte, porque esa la había rondado nuevamente. Había muerto su sobrino, un muchacho de cortos años, la niña de sus ojos. Palma debió torcer la ruta, cuando abandonaba México para hacerse cargo de su consu-

lado en Puerto Rico. Lo dejó todo y vino a reunirse a su amiga de toda la vida... sin consulado, pero llevando el consuelo.

Había habido, al frente, allí cruzando el *largo*, otro muerto, pero éste era un nuevo amigo, un regalo del destino: Stefan Zweig, otro suicida de aquellos días. El muchacho, ya no importa decirlo, había también triturado sus sienes... por amor... El vienés, por hastío, por cansancio, por no poder reconocerse acá en América.

Vivía ella en un retraimiento ermitaño que lo necesitaba como una urgencia de su ánimo. Sola frente a ella, frente a su poesía. Y de allí, sin duda, salió la lucha por y contra su misma poesía que ya le cansaba:

*Una en mi maté:
Yo no la amaba.*

*Era flor llameando
del cactus de la montaña;
era aridez y fuego;
nunca se refrescaba*

.....

*Por ella todavía
me gimen sus hermanas,
y las gredas de fuego
al pasar me desgarran.*

*Cruzando yo les digo:
—Buscad por las quebradas
y haced con las arcillas
otra águila abrasada.*

*Si no podéis, entonces
¡ay! olvidadla.
Yo la maté. Vosotras
también matadla!*

Y comenzó a martirizar su poesía que era como aplicarse un nuevo cilicio a sus dolores y llagas y a meterla, con calzador, en un zapato cada vez más estrecho; comenzó a luchar contra su doloroso y fecundo lirismo, aprensando el verso y el idioma, a veces tan áspero que parece toque de púas, retando las palabras que le brotan, para aventurarse en la hondura, creándole nuevas claves al idioma, sin importarle la pérdida de la claridad.

Lagar es así, un libro martirizado por este afán. ¿A dónde iba? A veces pasando y repasando sobre los poemas de este libro, como quien ronda a la novia hasta que asoma, creemos que hizo mal el camino y se *entabacó* en su propia manera, concebida para el retiro y el encelda-

miento, cansada de tanta nupcia ardiente. Pensada y proyectada no con un fin de claridad, sino de castigo y de inco-municación, va como a gustarse a sí misma, forzando el límite de lo posible y de lo probablemente comunicante y cierto, aunque su fórmula aparezca aquí más activa, más suelta y más efectiva que nunca.

Pero ya no parece ser la Gabriela de los cantos eternos que niños y grandes en Chile, y en todas partes, le remozaron el destino y dieron eco eterno a su verdadero y plausible dolor. Esta otra es la poesía de la "desasida", que lleva ya sus pasos al abismo, a la frontera del fin, sin importarle la caída, llena de tercas negaciones:

*En el sueño que yo no tenía
padre ni madre, gozos ni duelos,
no era mío ni el tesoro
que he de velar hasta el alba,
edad ni nombre llevaba
ni mi triunfo ni mi derrota.*

*Mi enemigo podría injuriarme
o negarme Pedro, mi amigo,
que de haber ido tan lejos
no me alcanzaban las flechas:
para la mujer dormida
lo mismo daba este mundo
que los otros no nacidos*

*Y yo me decía como ebria:
Patria mía, Patria, la Patria*

*Pero me iré cualquier día
sin llantos y sin abrazos...*

Sin duda, todo es de buena ley, pero ya en renunciación de todo, aun hasta de aquello que hizo grande el desgarró de su canto, el llamado a la muerte de sus

sonetos, de toda su larga latitud desoladora. Sólo como pepitas de oro engarzadas en el libro, aquí y allá, acaso también desdeñadas, casi invisibles, se ve más transparente la nota de su ternura, el lacerante recuerdo del amor (algunas rondas *Manos de obrero*, *Espiga uruguayana* y otras) y ese sublime *Canto que amabas*. ¿Fué de los labios de él, entonces, una vieja tonada que él modulaba a solas con ella en las escasas citas de donde cogió este acento con su dulce ritornelo popular, que es como una vuelta atrás antes de partir ella también, en el último recodo del camino, como el último adiós?:

*Yo canto lo que tu amabas, vida mía,
por si te acercas y escuchas, vida mía,
por si te acuerdas del mundo que viviste
al atardecer yo canto, sombra mía.
Yo no quiero enmudecer, vida mía,
¿Cómo sin grito fiel me hallarías?
¿Cuál señal, cuál me declara, vida mía?*

*Soy la misma que fué tuya, vida mía.
Ni lenta ni trascordada ni perdida.
Acude al anochecer, vida mía;
ven recordando un canto, vida mía,
si la canción reconoces de aprendida
y si mi nombre recuerdas todavía.*

*Te espero sin plazo y sin tiempo.
No temas noche, neblina ni aguacero.
Ven igual con sendero o sin sendero.
Llámame adónde eres, alma mía,
y marcha recto hacia mí, compañero.*

Y tal vez, como en el poema y en este libro, ella fué siempre la misma y no ha de enmudecer ni cambiar de veste su canto para encontrarnos, si no con la mujer del amor, con la de la magia de su canto, entera, sin trabas, "ni lenta, ni trascordada ni perdida", Gabriela, en fin, con su elemental dolor eterno.